

ésta también, nos dijeron, dicen: «¡Á ver si la señorita Gracia quiere ir... aunque no sea más que á pasar por las calles! ¡que nos daría mucha satisfacción de verla!...»

GRACIA. Iré.

MANOLITA. Iremos.

SARMIENTO. Iremos, iremos.

JUAN. Dios se lo premie á usted, señorita. Anda, tú, vamos á decirlo nosotros.

SALVADORA. ¡Lo contentos que van tos á ponerse!

JUAN. De aquí á la noche hago yo un arco á la puerta e casa pa que pase la señorita por debajo.

SALVADORA. ¡Ah!

JUAN. ¡Y en lo alto le voy á poner la estampa e la República!

Se ríen todos. Salvadora y Juan se retiran, riéndose también.

GRACIA. No tienes idea de lo contentísima que vengo, papá.

SARMIENTO. Con razón, don Faustino; porque ha sido una cosa... ¡solemne!

DON FAUSTINO. Pero, bien, bien; necesito detalles, pormenores... *Se sienta.* Explíquenme ustedes en qué ha consistido esa solemnidad de que habla Sarmiento.

MANOLITA. Yo tengo una excitación, una alegría...

GRACIA. Mira, papá: estaba el campo que daba gloria verlo. El día, hermoso: por todas partes no había más que sol. Mucha gente, ¿sabes? muchísima gente. Sobre todo, mujeres del pueblo. De seguro que en Guadalema no se ha quedado una sin ir. Y,

qué sé yo, á mí me parecía que todas llevaban niños en los brazos. Cuando llegué en el coche me recibieron con palmas y vivas, abriéndome paso. No se me olvidará ese momento. Al bajar, algunas me besaron el vestido. Los hombres tiraban las gorras por el aire... Yo quería hablar y no podía; quería sonreír y se me saltaban las lágrimas... Como ahora, lo mismo que ahora... Oye: un muchacho obrero, me dijo: «Señorita, con seis como usted... se acababan los mitins.» *Se sienta junto á don Faustino.*

MANOLITA. El elemento oficial no ha faltado, ¿eh? No podemos quejarnos de las autoridades... Hemos tenido música del Ayuntamiento, cohetes, discurso del Gobernador...

SARMIENTO. ¿Ha hablado el Gobernador?

MANOLITA. Sí, hombre: ¿no lo oíste? Pero más valía que se hubiera callado. ¡Qué premiosito y qué torpe estuvo! *Imitándolo.* «Verdaderamente, señores... hem... verdaderamente... hem... hem... verdaderamente...» Verdaderamente no daba pie con bola. Y á todo esto con los pies así: lo mismo que la sota de oros. *Se sienta también.*

GRACIA. El que dijo poco, pero bueno, fué Segarra, tu amigo.

DON FAUSTINO. Ese tiene mucho talento.

SARMIENTO. ¡Oh! ¡Ese estuvo... estuvo solemne! ¿Cuál es Segarra?

MANOLITA. El de *El Defensor*; el viejecito aquel del cabello blanco... ¿no lo conoces?

GRACIA. Habló seguido, seguro, sin equivocarse, como si en vez de hablar leyera lo que iba

diciendo en el horizonte. Sin un grito, sin un des-
plante, sereno... importándole poco que lo aplau-
dieran. Al final, dijo... «Estos niños de hoy, para
quienes en breve se alzarán en este sitio un techo y
un hogar, á cuyo fuego debemos echar todos al-
gún tronco de leña, serán mañana los hombres que
muevan nuestros talleres, los que levanten nues-
tras casas, los que cultiven nuestros campos, los
que formen y mueran en el montón anónimo del
ejército... Y á trueque de tanto como ellos van á
darnos, ¿qué mucho que nosotros les regalemos
con un poco de salud, que es paz y alegría?» Él lo
dijo mucho mejor y con más palabras; pero fué una
cosa así, ¿verdad, Manolita?

DON FAUSTINO. ¿Y Gonzalo, no habló?

SARMIENTO. ¡Sí, hombre, sí!

MANOLITA. ¡No, hombre, no! ¿Cuándo habló
Gonzalo?

SARMIENTO. Será que me distraje yo.

GRACIA. El muy tonto no quiso: ¡me dió una
rabia! Y cuidado que se lo pidieron. Pero si pare-
cía que iban á ajusticiarlo...

MANOLITA. Otro que también estuvo muy
oportuno fué el último orador...

GRACIA. Ah, sí...

MANOLITA. Calla: no digas quién es. Á ver si
tu padre lo conoce.

DON FAUSTINO. Con seguridad.

MANOLITA. Imitando á Solano. «¡Joroba!...»

DON FAUSTINO. Basta: no siga usted adelante.

MANOLITA. «¡Joroba! ¡Aquí no se trata como á
niños más que á los hijos de los grandes, de los

que pueden; á los que vemos en los paseos, limpi-
tos y adornados, corriendo detrás de las maripo-
sas con los bulecitos rubios sueltos al aire! ¡Niños
son éstos, ya lo sé! ¡Pero ¡joroba! también son ni-
ños los que venden papeles y decimos de la lote-
ría; los que se ponen delante de la tropa con palos
y cañas; los que nos piden limosna por las calles
y á quienes apartamos á empellones como bichos
molestos; los que nacen enclenques, raquíticos,
deformes; los que viven explotados por padres
postizos; los que no tienen pan que llevarse á la
boca; los que mueren sin madres que los cuiden y
les den calor!... ¡Ésos también son niños, joroba!
¡Y mientras sean niños hay que cuidarlos y aten-
derlos igual que á los de bucles rubios que corren
detrás de las mariposas de colores, que tiempo
habrá, cuando lleguen á hombres, de que ande-
mos todos á la greña! ¡Mil... y no sé cuántas jo-
robas!

DON FAUSTINO. Lo aplaudirían á rabiar.

GRACIA. Una locura.

SARMIENTO. Pues yo no me enteré bien, por-
que estaba un poco distraído, pero en un acto tan
solemne como el de hoy, sobraban las jorobas.

MANOLITA. Si es que iba el pobre un poquillo
bebido.

DON FAUSTINO. Ah, pero ¿bebe Solano?

MANOLITA. ¡No!

Por la puerta de la derecha surge de improviso BERRUGUETA con el
sombrero puesto, excitadísimo y lleno de alegría.

BERRUGUETA. ¡Toda júbilo es hoy la gran To-
ledo! ¡Déme un abrazo cada uno!

GRACIA. ¿Qué ocurre?

MANOLITA. ¿Qué hay?

BERRUGUETE. ¡Acta! ¡acta!

DON FAUSTINO. ¿Cómo acta?

BERRUGUETE. Sacando un pliego escrito del bolsillo. Aquí está. Por poco tengo un duelo.

GRACIA. ¿Un duelo?

MANOLITA. ¿Usted?

SARMIENTO. ¿Usted?

DON FAUSTINO. Me lo había figurado.

BERRUGUETE. Sí, señores, yo; yo mismo. Evaristo Berruguete y Diz.

GRACIA. ¡Pero, Evaristo!

BERRUGUETE. Anoche, anoche fué la cosa... Entre paréntesis: acabo de encontrar á Gonzalo: ya sé que la fiesta ha sido conmovedora, lucidísima...

SARMIENTO. ¡Solemne!

BERRUGUETE. Lo que yo me alegro no hay para qué decirlo: soy de los leales. Bueno, pues á lo que iba: mi cuestión, como digo, fué anoche. Con Colmillo, el del Instituto. Se discutía si el Casino debía colgarse ó no con motivo de la fiesta de hoy. Nos trabamos de palabras, nos insultamos... ¡pin! ¡pan! dos puñetazos... padrinos en seguida. Los míos, Gordillo y Suárez; los suyos, Moleró y Domínguez. Aquí está el acta. ¡Honrosísima para mí! Oigan ustedes. Principia á leer y á cada paso murmura ó gruñe las palabras escritas que él no considera del todo interesantes. Los murmullos y gruñidos se indican con puntos suspensivos. «En la ciudad de Guadalema, á 4 de Octubre..... reunidos los señores don Francisco..... y don Gaspar..... en

representación de don Evaristo..... y don Andrés..... y don Antonio..... en representación de don Arturo..... para tratar de una cuestión habida entre sus representados en la noche..... después de discutir largamente, ambas representaciones no tuvieron reparo en convenir que..... en un momento de arrebató, y habiendo sido la acción simultánea..... un puñetazo por cabeza.... dan por satisfactoriamente zanjada la cuestión, y se complacen en declarar..... perfectos caballeros. Y para que conste, extienden la presente en el día de la fecha. Las cuatro firmas.....»

DON FAUSTINO. ¡Honrosísima! Venga usted á mis brazos. Tengo un secretario que no me lo merezco.

BERRUGUETE. Gracias, Don Faustino.

MANOLITA. Enhorabuena.

GRACIA. Muy bien, Evaristo; pero no ha debido usted meterse...

BERRUGUETE. ¡Era mi deber! Para las ocasiones son los amigos. Todas las grandes obras de la humanidad han costado sangre de inocentes.

DON FAUSTINO. Todas, menos ésta.

SARMIENTO. ¿Y ha sido á sable?

BERRUGUETE. ¿Cómo á sable?

MANOLITA. Pero, Sarmiento, ¿no te enteras de que no se han batido?

SARMIENTO. Perdona, mujer; me distraje un poco.

BERRUGUETE. Pues, ahora, don Faustino, quisiera yo obtener de usted una nueva gracia.

DON FAUSTINO. Concedida: á un hombre tan digno no puedo yo negarle un favor.

BERRUGUETE. Se trata de celebrar el lance con una comida en *La Bomba*.

DON FAUSTINO. Ni una sílaba más: corra usted, que ya tarda.

BERRUGUETE. Muchísimas gracias, señor mío.

SARMIENTO. Nos iremos juntos. Lo llevo á usted en coche y todo.

BERRUGUETE. Yo voy al Casino primero.

SARMIENTO. Adonde sea.

GRACIA. ¿Pero luego vendrá usted á comer?

SARMIENTO. ¿Pero no hemos comido ya?

MANOLITA. ¡Por Dios, Sarmiento, tienes la cabeza á las onces!

SARMIENTO. Dices bien, hija... Hasta luego; no me despido. ¿Vamos?

BERRUGUETE. Vamos.

Se encaminan hacia el foro.

SARMIENTO. Retrocediendo. ¡Ah!

MANOLITA. ¿Qué quieres?

SARMIENTO. No; nada... Luego lo diré. ¿Vamos?

BERRUGUETE. Vamos. Vuelven á encaminarse hacia el foro. ¡Ah!

GRACIA. ¿Qué?

BERRUGUETE. Si acaso vinieran... Por más que no... Bueno, yo se lo prevendré al portero. ¿Vamos?

SARMIENTO. Vamos.

BERRUGUETE. Yendo hacia la derecha. Por aquí llegamos más pronto.

SARMIENTO. Pues vamos por aquí.

MANOLITA. ¡Pero si el coche está en la verja, Sarmiento!

SARMIENTO. ¡También es verdad! Por aquí.

BERRUGUETE. Por aquí.

Se marchan por el foro.

SARMIENTO. Á Berruguete, mientras se alejan. ¡Ya le digo á usted; ha sido un fiesta solemne!

MANOLITA. ¡Jesús, qué hombre! Me ataca los nervios. ¡Nunca se da cuenta de lo que hace! Y en todo es así.

GRACIA. ¡Pobrecillo Evaristo! No dejo de pensar en su aventura...

DON FAUSTINO. ¡Á qué extremos lo lleva la amistad!... Porque si no lo arreglan se rompe la crisma con el otro.

GRACIA. ¡Vaya!

MANOLITA. Después de mirar hacia la derecha, bajo á Gracia. Ahí tienes á Gonzalo. Don Faustino, ¿usted será tan amable que me acompañe á dar una vueltecita por el jardín? Tenemos que hablar.

DON FAUSTINO. Con mil amores, señora mía. Ya sabe usted quién es mi flaco en este mundo.

MANOLITA. ¡Guasón!

DON FAUSTINO. ¿Vienes tú, Gracia?

MANOLITA. No; Gracia no quiero yo que se entere de eso.

DON FAUSTINO. Perfectamente. Ya sé yo entonces de lo que vamos á tratar.

MANOLITA. Puede que se equivoque usted.

DON FAUSTINO. Veremos. Mi brazo, Manolita.

MANOLITA. Don Faustino, mi brazo.